

ENSAYO

EL MUNDO SEGÚN BAUDRILLARD

Silvia Hopenhayn

Este ensayo recoge algunos de los últimos trabajos de Baudrillard, particularmente las conferencias que dio en Buenos Aires en 1992. En ellas manifiesta su creencia en el fin de la historia; pero en un sentido muy especial.

En medio de la información, dice Baudrillard, todo se hace plano y nuevo, no hay huellas ni uso, ni "causas ni efectos", sólo "sombras sin duda". Por eso abominamos de las ideologías: eran historias.

La información sería la manera orwelliana del cautiverio. Atrapados en medio de la "recolección exhaustiva y obsesiva" de todo, por una falla de la memoria no podemos recibir, simplemente, el pasado como tradición. Nada nos indica dónde encontrar el tesoro perdido. Pero la retórica comunicativa cree "resucitarlo" celebrando aniversarios y conmemoraciones.

Así, dice Baudrillard: "Nuestra época no produce ruinas ni vestigios sino desechos y residuos". Somos "enciclopedistas del vacío". El círculo se cierra y se convierte en su centro. La peor pesadilla.

¿Hay alguna salida? Eso mismo: salir simplemente "a bailar bajo la lluvia" y no querer llegar hasta el extremo de nuestras "posibilidades".

SILVIA HOPENHAYN. Editora del suplemento cultural del diario *El Cronista* (Buenos Aires). Durante algunos años se desempeñó como profesora de Semiótica en la Universidad de Buenos Aires. Ha traducido textos de Tzvetan Todorov, Jean Cocteau y Jules Supervielle y comentado libros de Roland Barthes, Marc Augé y Gregory Bateson para el diario *Clarín*, de Buenos Aires.

Siempre mantiene las manos cerca de su rostro. Dialoga con ellas. No cierra los puños, pero su gesto no está inerte. Jean Baudrillard cree en el fin de la historia. Está preparado; sus dedos, serenos de susto, lo confiesan. Para comprender su actual creencia, fervientemente incierta y provocativa, es imprescindible ajustarse los cinturones: su mundo abstracto está repleto de turbulencias. Antes de adentrarnos en su última producción, *L'illusion de la fin ou la grève des événements* ("La ilusión del fin o la huelga de los acontecimientos"), libro que incluye las dos conferencias que dio en la ciudad de Buenos Aires en septiembre de 1992, hay que desprenderse del concepto que en tantas ocasiones (*La transparencia del mal; América; La seducción; La Guerra del Golfo no ocurrió*) Baudrillard acuñó: el simulacro. Harto de sus invenciones y del increíble parecido que tienen con los acontecimientos, Baudrillard perdió interés en las simulaciones. Sobre todo porque la realidad virtual se ha desecho de los referentes que la retenían acusándola de ilegítima. Ni siquiera sombra tiene; la realidad virtual es pura luz, pura transparencia. No hay pues simulacro posible. Todo es efecto sin causa. No hay consecuencia, tan sólo obsecuencia. No hay simulación, tan sólo disuasión. Sin embargo, no todo es binario. La crítica es frondosa y los deseos múltiples. Haremos, pues, de la mano (expresiva, cauta y abierta) de Baudrillard, un paseo por las ruinas de una cultura que, entre simpática y patética, tiembla, se sacude frente al vértigo del fin de siglo. Los primeros vestigios que visitaremos son los restos de la palabra "pasado". Luego, el reino de Ubú y del olvido. Y finalmente, una irónica claridad: las ilusiones fatales y la posibilidad de bailar bajo la lluvia.

1. La rebelión de la sombra

¿Qué significa ser actual? ¿Responde a alguna sincronía de tipo ideológica, se desprende de los modos de producción o de la producción? ¿La actualidad es presente? No. El presente tiene antepasados. Lo actual se justifica en las huellas que no deja, que se disipan en cada paso que da hacia sí mismo. Lo actual no tiene ideología porque es discontinuo. Ser actual es ser una imagen. Dejar de consistir o, como dirá Baudrillard más adelante, ser actual es ser inconsciente. Entremos antes en el capítulo "Ascenso del vacío" que conduce a la ciudad virtual, ni siquiera invisible, donde "la historia está abonada a los acontecimientos ausentes". Baudrillard abre el telón de la "parodia marxista", la producción de la actualidad es un "un psicodrama visual de la información". Ya no son los acontecimientos que generan información sino al revés. Así como ya no es el trabajo el

que produce capital sino al revés. Psicodrama que se sostiene en la disuasión: aquello que hace que algo no haya sucedido. El olvido o el "borramiento". Esta nueva generación de acontecimientos está apurada por ser olvidada. Y es allí cuando la ideología es combatida ferozmente. Porque la ideología es historia, es pasado, es curso. Y, lo peor de todo, es jueza. Los acontecimientos quieren ser rápidamente suplantados para no caer en manos de la interpretación. Forman así una historia discontinua, meteórica, que tampoco, por lo dicho más arriba, permite retrospectión. Salvo si ésta se vuelve solidaria de una prospectiva que permita designar una cosa como si ésta ya hubiese existido. La disuasión no encubre así un hecho, lo crea. Configura una mística de vidas pasadas inexistentes. Baudrillard cita a Borges. A sus invenciones, sus ruinas circulares que giran alrededor de la nada, el derrumbe de los castillos de arena, la arena en tanto ceniza. Todos "modelos y prospectivas que son instrumentales de un futuro que se deshace en su invención". El hombre avanza entonces con una sombra que no responde a sus contornos. Como si ella fuese el futuro de un pasado que no representa. O, más bien, como si en una contorsión desesperada buscara condensar la historia de la humanidad en una sola imagen, transparente. Baudrillard se apiada del amorfismo de esta pobre sombra y al mismo tiempo se pregunta:

¿Estamos acaso atrapados en una recolección exhaustiva y obsesiva de todos los momentos de la especie? ¿En un revival de todas las fases anteriores? (...) ¿Acaso todo el futuro se agotará en la síntesis artificial del pasado? Quién sabe hacia dónde conduce este gigantesco movimiento en sentido inverso. De todos modos, el resurgimiento en masa de los fósiles y los vestigios es inquietante, al igual que los signos que aparecen en el cielo como oráculos. Deberíamos desconfiar de todos estos fantasmas arrancados de su sepultura. La información que nos brindan acerca de nuestro pasado es una máscara, y ya puedo escuchar sus risas sarcásticas. Cuando todo nuestro pasado sea exhumado, cuando todo aquello que había desaparecido reaparezca, entonces los muertos serán más numerosos que los vivos...

Vorágine de retorno ya no eterno sino constante, diferencia que anula todo posible movimiento y significación. Del pasado se extirpa el sentido para derramarlo en un presente sin capacidad de absorción. Al sentido sólo le queda evaporarse. Y a nosotros sólo nos queda una esperanza meteorológica: que una vez condensado, el sentido caiga sobre nuestras frentes, como una bendición de principio de un nuevo siglo.

2. El Reino de Ubú

"Quizá el error haya sido buscar un conocimiento que se corresponda con la realidad, mientras que debería haber sido al revés" (Ernst von Glaserfeld, en *La realidad inventada*, compilación de Paul Watzlawick). Difícil tarea ideológica para el mundo de la ciencia luego de que las teorías darwinianas consideren a la realidad como "limitación de lo posible". ¿Qué tan conspicuo y peligroso es lo posible para que se lo condene de ese modo? ¿Y quién es la realidad para juzgar las posibilidades de lo posible y castigar la incertidumbre de ese modo? La única verdad es la ambigüedad, dijo inquieto un artista, personaje de Thomas Mann, y agregó: "La realidad deteriora mi obra". Para Baudrillard sucede lo contrario. Ya no se trata del arte contaminado por un real depredador. La realidad se autodestruye a partir de sus excesos. Se vuelve pliegue de sí misma, ribete. Así, "los excesos son vistos como parodias que anulan los hechos". Frente a esta amenaza, en otros términos, de superabundancia de lo real, de una abrumadora oferta virtual, se produce un fenómeno inesperado: la huelga de los acontecimientos (subtítulo del libro de Baudrillard inspirado en una frase de Macedonio Fernández). ¿En qué consiste esta huelga? "Es el rechazo a significar lo que sea o la capacidad de significar cualquier cosa". En otras palabras, el reino de Ubú presentado por Alain: "Ubú no tiene pensamiento ni proyecto alguno. Toma todo lo que ve de bueno; no puede decirse siquiera que se arriesga; si no destroza algo es que tiene miedo; al tiempo que conspira, piensa en traicionar y entregar a sus cómplices. ¿Pero, qué digo? Ni siquiera piensa; son dos gestos simultáneos. Ubú está muy por debajo de la cobardía, de la traición y de la crueldad. Es necesario un poco de prudencia e incluso de recato para elevarse hasta allí. La tontería está todavía mucho más arriba. ¿Quiere decir esta potente pero informe sátira que para ser rey los vicios más bajos son aún un lujo inútil, un adorno, una hipocresía?". La capacidad de significar cualquier cosa a la que se refiere Baudrillard es, finalmente, la posibilidad de ser cualquier cosa: identidad y valor están embarcados en un mismo torbellino saussuriano: no puede haber identidad sin correspondencia para que tenga algún valor. "Nuestro pensamiento es una masa amorfa e indistinta —decía Saussure a principios de siglo—, filósofos y lingüistas siempre acordaron en reconocer que, sin el socorro de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Tomado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas y nada es distinguible antes de la aparición de la lengua."

¿Pero qué sucede con las imágenes? ¿Su retórica es capaz de descomponer el pensamiento para producir significados, ideas? ("El pensamiento, caótico por naturaleza, está forzado a descomponerse para precisarse".) ¿O las imágenes producen un continuo y, por saturación —no por caos ni amorfismo—, todo se vuelve nuevamente indistinguible? Hay imágenes por todos lados que ya ni siquiera tienen correspondencias con ideas o hechos sino que son plenamente autorreferidas. Baudrillard se pregunta: ¿Una imagen que se refiere a una imagen sigue siendo una imagen? Correspondencia, representación, identidad. Tres términos en crisis que corretean desvinculados de cualquier tipo de referente. Entramos en la era de la orfandad de los significados, la extinción de los referentes. Tanto desamparo produce un mundo alegórico insustancial. Este nuevo mundo es el de la televisión: "La imagen televisiva no tiene negativo —técnica y simbólicamente hablando—, carece pues de referente". No hay sombra, otra vez. No hay sombra ni duda. La transparencia total. La *glasnost*. Lo que antes se veía, ahora se ha vuelto transparente. Ya nada se ve. No queda ninguna revelación: todo ha sido velado. Sí subsisten las especulaciones, tan sólo ellas, que giran y giran construyendo una historia hueca. "Así como los principios de economía han sido arruinados por la especulación financiera, los principios de política e historia han sido arruinados por la especulación mediática." El libro que antecedió a *La ilusión del fin* fue devorado por esta especulación y, cínicamente, se autodestruyó. Se trata del análisis crítico de la Guerra del Golfo y sus modos y mecanismos de difusión. Según Baudrillard *La Guerra del Golfo no existió* (el título original del libro es *La guerre du Golfe n' a pas eu lieu*), fue un invento de los medios, una gramática generativa, resultado de una puesta en imágenes. La estrategia bélica fue, precisamente, la edición de los acontecimientos a través de la CNN. Pero a su vez el libro de Baudrillard, como él mismo lo confiesa en *La ilusión del fin*, pasó desapercibido. El libro dedicado a contar cómo los hechos no sucedían sino que eran una construcción de la información más convincente, que aún sigue siendo la visual, tampoco existió. *La Guerra del Golfo no existió* llevaba la condena en el título. Es decir, a la "huelga de los acontecimientos" se le suma otro fenómeno: el desempleo (*chômage*) de las interpretaciones.

3. Categorías del olvido

Hay dos formas de olvido según Baudrillard: 1) La exterminación lenta o violenta de la memoria. 2) La promoción espectacular: del espacio histórico al publicitario.

El primer punto condice con la situación paupérrima que vive el hombre, famélico de significación. La exterminación lenta o violenta de la memoria es su modo de asistir a esa flaqueza del conocimiento que es la de la insoportable levedad de la información, agigantada por la ausencia de significado. Para realizar este exterminio basta con el resentimiento y su forma posterior, el arrepentimiento. En el capítulo "La estrategia de la disolución" Baudrillard aclara: "La figura del arrepentido aparece en Italia, alrededor de los años ochenta. Nació entre los izquierdistas, en los extremos de la modernidad política. Pero esta no es más que la primera figura de una reconversión general: el arrepentimiento pasa de la izquierda al comunismo, luego a todo movimiento revolucionario. Primero toca a las vanguardias, punta de la modernidad, y luego refluye hacia el núcleo masivo, hasta las ideologías colectivas... El arrepentimiento forma parte de la posmodernidad —el reciclado de las formas pasadas, la exaltación de los residuos, la rehabilitación por bricolaje, el sentimentalismo ecléctico. Todo tiende a la disolución de lo alto y la apelación a las intensidades más bajas".

La figura del arrepentido, encegueda por un Edipo demasiado profético, reaparece hoy socializada.

El resentido, por otra parte, es un personaje conservador con apariencia exageradamente liberal. Quiere deshacerse del pasado, asirse de una nueva identidad, para luego vengarse de la historia y recuperarse intacto. Toda nueva etapa histórica (nueva organización política, economías de reconversión) lleva consigo un ejército de resentidos, matemáticos del rencor, que podrían hacer estallar el mundo de pura rabia. El arrepentimiento vuela silencioso. Es un llanto fallido. En la Argentina, en noviembre de 1992, irrumpió un arrepentido, intrépido y aterrador. Era un ex torturador que había sido enviado al Brasil, según sus palabras, por gente vinculada al gobierno, para efectuar una operación de narcotráfico. Por motivos psicológicos, el hombre se arrepintió y lo contó todo. Los días subsiguientes ocupó las primeras planas y sus declaraciones despertaron el estupor perdido, sólo sostenido por las madres y abuelas de la Plaza de Mayo. El hombre rogaba precauciones y custodia: en cualquier momento lo matarían por traidor. Y agregaba: "Ojalá tan sólo me mataran. Lo peor es la tortura. Yo que he torturado con violencia a tantos durante el proceso militar en mi país, sé de qué estoy hablando". He aquí un caso muy particular de arrepentido que, a través de los medios, fue primero tratado de justiciero, luego de loco y finalmente de psicópata. Lo extraño, y a esto Baudrillard tendría mucho que agregar, es que ya no se revisa la historia, lo único que interesa en la producción de la noticia es el indivi-

duo y su patología: el *strep-tease* de un alma sombría, la transparencia de su confesión. "Me dan pena las abuelas; que no esperen más —agrega—, esos chicos están todos muertos".

¿Cuál es el impacto? ¿El acontecimiento histórico o el arrepentimiento de un ex torturador ahora narcotraficante?

W. Benjamin, uno de los espectadores más afanosos de este siglo, da cuenta en sus textos de viajes cómo la información se anticipa a la experiencia y, al mismo tiempo, cuán poco experimental se ha vuelto el mundo, sobre todo refiriéndose a la experimentación ideológica. La información —el arrepentido contando su historia por televisión— no es otra cosa que la experimentación enajenada, la "evanescencia", la ausencia de crítica en una audiencia des-valorizada que acepta que la tortura sea recordada por el torturador. La información es la manera orwelliana de cautiverio. Todos reciben la misma información y seguramente muchos ejercen esa recepción en una misma postura física. Acodados en un sillón, con los ojos entreabiertos y los labios temblando de impaciencia porque el sueño no llega y el desvelo ilumina las zonas más siniestras.

No hay arrepentimiento sin resentimiento. Para arrepentirse, una persona suele tomarse su tiempo. El tiempo del resentimiento. En ese estadio, la historia, como dijimos, se vuelve en contra, una enemiga: prima el deseo de aniquilarla y de olvidar el pasado para atenuar el acoso de un presente que acusa. Y es entonces que pasamos al segundo punto: del espacio histórico al publicitario. En busca de un presente digno (sin culpas), se hace un recorte promocional del pasado. Baudrillard lo ilustra con una nueva patología tendenciosa: el complejo de profanación o la retórica de la conmemoración. Los cien años de Rimbaud, de Nietzsche. Festejar la muerte, revivirla ordenadamente. La ironía fósil del inconsciente cínico. El ejemplo más contundente es el festejo del quinto centenario del descubrimiento de América que, al igual que hace quinientos años, fue devastador.

Nuestra época no produce ni ruinas ni vestigios. Sólo desechos y residuos. La historia ha hecho un fantástico paso hacia atrás al edificar las ruinas del futuro, las ruinas de un aparato que crece como desecho virtual. Podemos imaginar ciudades enteras construidas ya no con desechos de lo que ha servido alguna vez, o sea, aquello que conservaba alguna huella de su uso, sino de desechos de nacimiento, seguros de no envejecer ni de resucitar jamás en ninguna memoria, fantasmas de una inversión veloz.

En definitiva, el arrepentimiento no hace más que deconstruir para solventarse por anticipado, y es entonces que la aparición de restos cobra

sentido. Ya no se trata del fin de la historia ni de la regresión aglutinante. Simplemente del arrepentimiento. Y es por el re-mordimiento que vivimos, como diría Augusto Roa Bastos, en una civilización roída. Esta actitud casi maxilar lleva al hombre a la "resurrección de todo su pasado al tiempo que pierde el hilo de su memoria. Paradójicamente vivimos al mismo tiempo en un mundo sin memoria y en un mundo sin olvido, por la obstinación a reactualizar a la fuerza todo aquello que ya no recordamos", escribe Baudrillard. Y plantea un viraje mental: "Nos hemos vuelto inconscientes. Porque el inconsciente no conoce ni pasado, ni olvido, no es arcaico ni arqueológico, todo lo contrario, es actualidad perpetua, la instantaneidad de todos los acontecimientos psíquicos. "¿Pero entonces no es del olvido que estamos arrepentidos? ¿Acaso nos hemos vuelto enciclopedistas del vacío? ¿Amnésicos del futuro? ¿O el complejo de profanación es un nuevo eufemismo cultural del temor a la muerte, entendiendo a ésta como el ropaje más audaz del olvido?".

La profanación es, en definitiva, la búsqueda del tesoro perdido a la que se refiere Hannah Arendt cuando aprisiona el verso de René Char: "Nuestra herencia no ha sido precedida de ningún testamento". Según Arendt,

[E]l testamento, que dice al heredero lo que será legítimamente suyo, asigna un pasado al porvenir. Sin testamento o, para elucidar la metáfora, sin tradición —que elige y nombra, que transmite y conserva, que indica dónde se encuentra el tesoro y cuál es su valor— parecería que ninguna continuidad en el tiempo fuera designada y que no hubiera, en consecuencia, humanamente hablando, ni pasado ni futuro, tan sólo un devenir eterno del mundo, y con él, el ciclo biológico de los seres vivos... La pérdida del tesoro, en todo caso quizá evitable en términos de realidad política, fue consumida por el olvido, por una falla de la memoria que atañe no sólo a los herederos sino también, por decirlo de algún modo, a los actores, testigos, aquellos que, en un momento fugitivo, poseyeron el tesoro en sus manos. Porque el recuerdo, que es tan sólo una de las modalidades del pensamiento, aunque una de las más importantes, se queda sin recursos fuera de un cuadro de referencias preestablecidas y el espíritu humano es incapaz, salvo excepciones, de retener cosas que no estén ligadas a nada. Así, los primeros en olvidar el tesoro fueron aquellos que lo habían poseído y que lo hallaron tan extraño que no supieron siquiera qué nombre darle.

Es como si el descubridor de un territorio, una vez izada la bandera de su patria en la cumbre más alta, e ido en busca de su gente para dar a conocer el descubrimiento, no imaginara que el viento luego arrasaría con

la bandera y la dejaría flameando en tierra de nadie. Y así, habiendo descubierto tierras desconocidas, le será imposible reconocerlas.

4. El regreso de los muertos

Baudrillard es riguroso en su fantasía, y sus aciertos teóricos no serían tales sin su frenética retórica, compulsiva y veloz. Por eso, quizá, cubre la teoría de una pátina ficcional al mejor estilo Par Lagerkvist en *La eterna sonrisa*, cuando los muertos, quejumbrosos, se reúnen para combatir el aburrimiento y le recuerdan a los vivos que ellos sí se acuerdan de todo: "Somos nosotros quienes pensamos en todo, quienes lo disponemos todo y lo recordamos todo; somos los que nada podemos olvidar. Somos los que añoramos todo, día tras día, año tras año, durante siglos y siglos y siglos". Baudrillard describe un futuro repleto de muertos que los vivos se empeñaron en resucitar para conquistar la eternidad con la muerte y no con la vida. El círculo vital es peligroso, vicioso por naturaleza. La apelación al pasado en tanto resurrección y no simplemente en tanto herencia, atrofia el círculo, lo convierte en su propio centro. Y como bien dijo Jorge Luis Borges, "no hay peor pesadilla que la de sentirse en el centro". El se refería al desierto; pero de todos modos, si ya hemos pasado de las ruinas a los residuos, muy pronto estaremos en el desierto donde la realidad virtual se volverá definitivamente alucinatoria.

A la ilusión de fin de siglo se le superpone la ilusión de la causa. Baudrillard lanza una serie de lucubraciones del orden de la fe: "La fe es el movimiento del espíritu que da cuenta de la más grande incertidumbre en cuanto a la existencia de Dios".

La ilusión del fin, si acercamos el concepto de ilusión al de creencia, es pues la inexistencia del fin. La fatalidad de la ilusión (la nueva invención teórica de Baudrillard es precisamente la de las ilusiones fatales), es la de la inexistencia del fin. Necesitar un fin, apelar a él, lleva implícito su falta. La historia no tiene fin porque el hombre se empeña en creer en él. El apocalipsis es ciencia ficción. Y la ciencia ficción es una de las ilusiones del fin más contundentes.

5. La única salida: bailar bajo la lluvia

Combatir el fin es, entonces, creer en él. Pero la creencia es un modo ficticio de vida comunitaria; ¿cómo hacerlo en la práctica e individualmente? Baudrillard acude a uno de los procedimientos verbales más

antiguos y efímeros y sin duda eficaces: el chiste. Se trata en este caso de un chiste metafísico: "Un hombre va caminando por la calle un día de lluvia torrencial con su paraguas cerrado bajo el brazo. Cuando le preguntan por qué no abre su paraguas, responde: 'No me gusta sentirme al extremo de mis posibilidades'". Esa es su salvación y la que recomienda Baudrillard para todos nosotros. □